

## Editorial: Cimas iluminadas

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor general)

Es verdad que la vida parece, en ocasiones, sumergirse en momentos muy difíciles, tribulaciones (podrían decir algunos) y problemas bien complicados. A veces se puede estar en esas situaciones completamente en soledad, pero muchas otras se lleva detrás a más personas, que son totalmente inocentes, frágiles y dependientes.

Ante ello, ¿cómo respondemos? ¿Con rabia? ¿Con ánimos de venganza? ¿Nos desplomamos? ¿Subimos la frente y perseveramos? ¿Qué hacemos? Los momentos de crisis son necesarios para todos. Son como el fuego para purificar el oro o como el martillo, el cincel y el pincel para terminar la más bella escultura.

El proceso para que se llegue al resultado final no es nada corto, mucho menos de inmediato. Se requiere uno y otro fogonazo, uno y otro golpe para que todo cobre sentido. Cada uno puede ser con mayor o menor intensidad... o tiempo. No obstante, sucede que, en la gran mayoría de los casos, se resiste a semejante enfrentamiento. A los primeros exámenes, pruebas, previas, como queremos llamar a esos lapsos de purificación, nos rendimos, nos escapamos... y empezamos a “moldearnos” y “convertirnos” a nuestra propia “sabia” manera.

Es por eso que, al final de la vida, son muy pocos los que pueden decir que alcanzaron la meta trascendental, la importante. Y son muchos los que siguen apretando las manos para aferrarse a las cosas mientras, con lágrimas y lágrimas, se arrepienten de no haber hecho tantas cosas o de haber hecho muchas cosas sin sentido, que no marcaron a nadie, por lo menos no como se deben marcar: con amor.

Hace poco, al hacer un taller de un libro muy bueno, cuyos autores son [Henry Blackaby y Claude King, de la editorial LifeWay Press-Español](#), recordé la escena de una película en la que cada cierta distancia y en lugares altos, se encendían grandes hogueras, las cuales representaban una señal. Desde la primera no se veía la última, pero sí se podían ver claramente dos, una de las cuales permitía ver la otra, muy a lo lejos, a través de todo tipo de climas y relieves, hasta la otra y la otra.

Así me parece que se van conectando todas las cosas que le dan un propósito a nuestra vida. Quizá entre hoguera y hoguera es lo que podemos llamar como contratiempos, problemas, momentos de crisis, pero si aguantamos, llegaremos al siguiente lugar iluminado, que parece más alto, más grande y nos hace ser mejores en términos de amor, que es lo más importante y lo que jamás acabará.

De niños y a los ojos de los adultos que han llegado a la meta, los problemas son sencillos fósforos encendidos; de jóvenes, son una vela; de adultos, una antorcha; pero de maduros y más que adultos son verdaderas fogatas. Y de nosotros depende que nos sirvan para iluminarnos, no para quemarnos.

¿Qué podemos hacer para que esos problemas nos hagan mejores?

Primero que todo, reconocer que son instrumentos que nos ayudan a mejorar. A veces no se puede entender el propósito de las tribulaciones y por eso decimos: “¿Por qué me pasa esto a mí?” Sencillo, somos limitados y no podemos entender todo. A ello debemos seguir caminando sin desviarnos del camino, el verdadero camino, mantener la verdad, creer que se abrirá una puerta y que por allí saldremos, en el momento que así se decida. No en nuestro momento.

Porque si adelantamos las cosas o creemos que nos las sabemos todas, es como mentirnos a nosotros mismos: regresaremos a la misma clase (de problema) para reaprender lo mismo aunque con otras palabras, para luego enfrentarnos al examen.

Por el contrario, si esperamos con una actitud correcta y tomamos buen ánimo y confianza y creemos que el “clima” cambiará, eso pasará. ¿Por qué pasará? Porque es una regla no solo natural sino eterna. Recogemos lo que sembramos. En algún momento dará fruto y lo experimentaremos.

Si seguimos por ese buen camino, habremos cruzado muchas montañas difíciles de escalar, llegaremos al lugar alto donde está la gran hoguera, veremos hacia atrás y nos alegraremos porque allá y más allá y mucho más allá están todavía iluminadas esas cimas que con tanto trabajo y perseverancia alcanzamos. Cada una nos indicará el camino. Cada experiencia reciente o de años y años tendrá sentido y por fin sabremos que el gran propósito se alimenta de todas aquellas etapas.

Eso sucede cuando no nos detenemos. Ese es el resultado natural de afrontar la prueba con valentía. Porque, además, el valor viene de lo alto, no de nuestro intelecto o músculos. Este ejercicio nos fortalece. Sin embargo, si soltamos nuestros brazos y caemos y creemos que nada de eso es justo, nos quedaremos rezagados. Quizá ni siquiera lleguemos a más que un par de hogueras, de las muchas que hay que llegar y abandonar para seguir a las demás.

Al final, también al final de los días, sea uno joven o anciano, podrá mirar en la última gran cima, desde donde emana la luz y el amor, y ver con total claridad, aun con los ojos cerrados, que todo valió la pena y que si hubiera otra oportunidad, no cabría ni la más mínima duda de que pasaríamos de nuevo semejante pista de obstáculos.

También nos daremos cuenta que por lo que tanto se afana la sociedad: conseguir y gastar, eso es lo que menos importa. Total, al final no nos llevaremos un solo peso, ni un solo título, ni un solo escrito... nada.

Y allí, delante del Todopoderoso, daremos cuenta de todo. De todo. Si seguimos su camino en los años que tuvimos, seremos bienvenidos. Si dimos amor y servimos, seremos condecorados.

Así que ánimo. Hoy es el día para reconocer en medio de la prueba la grandiosa oportunidad de ser mejor y alcanzar la suprema meta.